



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 30 DE OCTUBRE DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Día de muertos: pequeño homenaje a José María Roa Bárcena

LUPE, DE LA HUASTECA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Sabemos cuándo ocurrió la transformación de Lupita en Lupe, la de la Huasteca: fue en aquella época en la que yo viajaba en avión con frecuencia, de la Ciudad de México a Monterrey, en otoños que puedo decir eran demasiado calurosos para el resto del país y que podrían situarse entre 2016 y 2020, porque recuerdo que trabajaba para una compañía internacional, que me enviaba a realizar inspecciones de los equipos de transporte terrestre que salían hacia los Estadios Unidos; lo sé con la certeza del hombre que se acalora al llevar puesto un suéter en una ciudad azotada por un sol de cuarenta grados centígrados.

Subí a un taxi Uber y me tocó un chofer parlanchín que resultó ser originario de Tampico y que sabía exactamente cómo se llamaba el dueño del equipo de fútbol Pachuca. Un conductor que, sin tener idea de que yo conocería a Lupe, la de la Huasteca, me contó esta historia que vengo ahora a narrar aquí. Le había resultado escandaloso a nuestro amigo que, con los movimientos feministas que se han puesto de moda, las mujeres se hayan dotado de todo tipo de libertades, incluso para serles infieles a sus maridos, cuando ellos lo son.

El tampiqueño me dijo: "Traigo esta historia que me sucedió el sábado y necesito contar, porque no doy crédito. Recibí una solicitud de taxi. A mí, la aplicación no me muestra el destino hasta no recoger al cliente. Llegué a lo que era una gasolinera, donde se suponía estaría el pasajero, y ya me había enviado un mensaje pidiendo que no me demorara, porque estaba en una situación urgente. Con calma me detuve, miré por todos lados y luego de un rato, apareció una mujer, quien se subió a mi carro".

"Oprimí el botón para iniciar el viaje y vi que había que llevarla al Hospital de Cardiología. Supuse que tenía a un enfermo ahí, quizás a su papá. Yo traía las ventanas del auto como ahorita, hasta arriba, por el aire acondicionado. Miré por el retrovisor y la mujer estaba oprimiéndose la nariz con los dedos. "¿Trae usted loción?", me preguntó. Y sí... pero no es que yo me bañe en ella. "¿Es usted alérgica?", le pregunté. Me dijo que lo era para todas las lociones de hombre. Bajé las ventanas. "¿Le parezco fea?", me preguntó.

"Y yo... "pues no". Y entonces me dice: "Mi marido me engañó".", seguía contándome el conductor de su conversación con la pasajera, mientras se llevaba la mano a la boca. Yo pensé en aquella canción de Ricardo Arjona, Historia de Taxi, en la que una mujer engañada por su pareja seduce a un taxista para cobrar venganza. Y el conductor de Tampico continuó: "Y entonces me dice la chica: Pues ya estoy cobrando venganza." Y hubo un silencio largo, hasta que el chofer me dijo: "La mujer me cuenta: "Estaba en la gasolinera donde me recogió, porque acababa de ver a mi amante". "Bueno, pero al menos disfruta usted a su amante, me imagino". "No me gusta. El único hombre con quien disfruto estar es con mi marido." Y el de



José María Roa Bárcena

Tampico hizo un largo silencio, hasta que le pregunté: "¿Y luego?". "Pues me dice la mujer que finalmente descubrió por qué él la engañó". "¿Por qué?". "Porque a mí no me gusta hacer el amor con él". Entonces volteé a mirar al conductor y me dijo: "Yo me quedé igual".

"¿Me dice la chica: "Es que yo soy lesbiana. No me gustan los hombres". "¿Y por qué se casó con su marido?". "Pues yo tenía novia y él estuvo insistiendo mucho, hasta que me conquistó. Y por mí se hizo cardiólogo. Era camillero. Yo lo apoyé, le ayudé a conseguir una beca. Trabajaba mientras él estudiaba." "Total", me dijo el taxista a mí, "la chica sentía que el hombre le debía todo".

"La llevé hasta Cardiología y ahí la estaba esperando el marido. Un tipo con porte, alto, que se acercó a abrirle la puerta. Todo un pelado bien comportado. ¡Ah!, pero antes, me había dicho ella: "¿Nos puede llevar de Cardiología a otro destino?", "Sí", le dije, "nada más añada el destino en el teléfono". Y entonces ella se baja, le da un beso al hombre y se suben los dos atrás. Debe haber un tema de bacterias ahí, ¿no, amigo?", me pregunta el chofer. Asentí.

Y el de Tampico continuó: "Que me aparece el nuevo destino: El Cementerio Dolores. Y yo: ¡Ah, chinga! ¿A esta hora?".

Entonces, queridos lectores, yo me quedé helado, porque esa historia la había escuchado repetidamente en los taxis que me recogían en el Aeropuerto de Monterrey. ¡Esa mujer ya está muerta! ¡La conocí en la cuadra de juventud! Se llamaba Lupita y vivía en la Huasteca. La noticia hizo eco en los periódicos hace siete años. Cuando descubrió que su marido la engañaba, Lupita los mató a ambos. Luego, ella se atravesó la garganta con un cuchillo. Desde entonces dejó de ser Lupita y le dicen Lupe, fantasma de la Huasteca. Ella y su marido están enterrados en el Panteón Dolores desde hace siete años.

A LA ESPERA DE...

OLGA DE LEÓN G.

Hace pocos días, en un acto muy de mi temperamento, ante la afirmación de

una mujer con quien recién había iniciado una charla más o menos baladí y no, por lo que se entenderá luego, le dije: "Pero, usted no parece tener el cuerpo de alguien a quien se le va el apetito y come poco o casi nada, cada día".

"¿Me veo gorda?", me pregunta, quien se me había presentado como Juanita. "No mucho, yo diría que gordita; mire, más o menos como yo. ¿Cuánto pesa?", le lancé la pregunta como balde de agua fría, sin preámbulos, para no darle tiempo a negarme una respuesta o decir una mentira. Y me contestó: "82 kilos". (Probablemente sí le quitó a la verdad unos dos kilos).

"Yo peso 76 (hice lo mismo que ella, me quité dos). Ve usted, andamos muy parejo; y sé que también traigo varios kilos de más".

"¿Cuánto quisiera usted pesar?", me preguntó, y continuó diciendo: "A mí, me gustaría pesar lo mismo que usted". "No, yo sé que debería bajar más, unos diez kilos, por lo menos." "Ah..."

Estábamos sentadas frente a los consultorios del único Geriatra que asiste por las mañanas, y el de Psiquiatría. Supongo que ella iba por atención con psiquiatra; a menos que fuera a consultar al Geriatra, en nombre de su mamá. No le pregunté, me pareció que hacerlo, sería demasiado agresivo.

Me concentré en mi esposo, le pregunté si estaba cansado, me dijo que un poco, yo le dije que seguramente tendríamos que esperar todavía, pero que seríamos los primeros del turno de la tarde. Afortunadamente, la enfermera que tomó nuestra hoja, con la indicación de la hora de la cita, le dio celeridad a la consulta y nos informó que pronto nos atendería el Dr., ya fuera de Medicina Interna o Geriatra. Y así fue, en menos de diez minutos ya estaban llamando a consulta a mi esposo.

La mujer sin apetito -aunque con obesidad- recién entraba al consultorio de Psiquiatría, tras oír el nombre de Juana María... Y caminaba con cierta parsimonia y tranquilidad no muy naturales (según me lo pareció a mí). Me quedé con el deseo de decirle adiós y deseárselo buena suerte, para ella y para su mamá.

Salimos contentos de la consulta y buenas noticias: dos medicamentos de la noche, se le retiraron a mi marido, y otro cambió de la mañana a la noche. Todo a pedir de boca: mejorando... Nos dirigimos a la Farmacia, para recoger el suplemento alimenticio que no nos habían surtido la semana pasada y que tan bien le cae a mi esposo para darle fuerza en sus piernas (en opinión de él mismo); ese, de los cuales, la gordita le robaba a su mamá, dos o tres cajitas a la semana: Ojalá la ayuden: las cajitas, o el psiquiatra; pero, que no la mediquen... ¡pobre!

En el instante que esas ideas cruzaron por mi cabeza, deseé volver a encontrármela una vez más... en nuestra próxima cita, para decirle que la veía más delgada o, menos gordita; creo que más delgada le caería mucho mejor. Tan sencillo que es hacer feliz a las personas que sufren; si solo nos puséramos en su lugar, o como suele decir un conocido cliché: "en sus zapatos".

Nos dirigimos hacia nuestro cochecito, que a punto está de pasar a la historia como un clásico de casi cuatro lustros; si antes no se rinde y tira la toalla. Íbamos contentos y a pesar de los 30 grados centígrados y el sol en todo su esplendor a las tres de la tarde de un lunes de septiembre a la mitad del mes, nuestro cuerpo y espíritu rebozaban felicidad. El hijo estaba aterrizando en el Aeropuerto de Orly... y nosotros íbamos a casa, en los suburbios de Aviñón. Allí lo esperaríamos.

Pregunté a mi esposo, ya en el auto, qué impresión le había causado la mujer con quien platicué mientras esperábamos entrar con el médico. "No vi a nadie enseguida de ti, o de mí". "¿Estás seguro?" "Sí, muy seguro". Ya solo quedábamos tú, yo y las asistentes... No supe qué más decir. Bueno, mi amor, vayamos a casa...

¡Todo está por terminar! Sí... Y, Aviñón está muy lejos, ¡mejor vámonos a la casa en Satélite!

"Y, ¿la mujer?", preguntó mi marido. "¡Qué sé yo! Quizás la veremos en la próxima cita. ¡Los fantasmas y los muertos suelen volver!".



Harry Mulisch

Harry Mulisch (Haarlem, 29 de julio de 1927 - Ámsterdam, 30 de octubre de 2010) fue un escritor neerlandés. Junto con W.F. Hermans y Gerard Reve, es considerado uno de los "tres grandes" de la literatura neerlandesa de posguerra. Escribió novelas, obras de teatro, ensayos, poesía, y reflexiones filosóficas.³

Mulisch nació en Haarlem y estuvo viviendo en Ámsterdam desde 1958, después de la muerte de su padre en 1957. El padre de Mulisch nació en el Imperio austro-húngaro y emigró a los Países Bajos después de la Primera Guerra Mundial. Durante la ocupación alemana en la Segunda Guerra Mundial trabajó para un banco alemán, el que también trataba con los bienes de los judíos. Su madre era judía. Mulisch y su madre se libraron del Holocausto gracias a la colaboración del padre de Mulisch con los nazis. Debido a la naturaleza curiosa de las posiciones de sus padres, Mulisch reclamó que él era la Segunda Guerra Mundial. Mulisch fue criado principalmente por Frieda Falk, criada de sus padres... Es autor de El atentado, Dos mujeres, la monumental El descubrimiento del cielo y Sigfrido, novela con tintes autobiográficos que reflexiona sobre el mal y el nazismo.

En 1971 se casó con Sjoerdje Woudenberg, con quien tuvo dos hijas. Años más tarde, tuvo un tercer hijo con Kitty Saal, con quien empezó una relación en 1992.

Un tema frecuente en su obra es la Segunda Guerra Mundial. Su padre había trabajado para los alemanes durante la guerra y después había ido a prisión por tres años. Como la guerra abarcó la mayor parte de la pubertad de Mulisch, tuvo una gran influencia en su vida y obra. En 1963, escribió una obra de no ficción sobre el caso Eichmann, El caso 40/61. Las principales obras en el marco de la Segunda Guerra Mundial son De Aanslag (El atentado), Het stenen bruidsbéd (La cama de piedra) y Siegfried (Sigfrido).

Además, Mulisch a menudo incorpora antiguas leyendas o mitos en sus escritos: basándose en la mitología griega, por ejemplo, en De Elementen; la mística judía, en De ontdekking van de hemel (El descubrimiento del cielo), y De Procedure (El procedimiento); la política (Mulisch es un socialista, famoso por su defensa de Fidel Castro a una edad temprana); y la leyenda urbana conocida. Él ha leído mucho y, de acuerdo a sus críticos, a menudo parece hacer ostentación de su conocimiento.

Mulisch ha obtenido reconocimiento internacional con la película De Aanslag (1986) que se basa en su libro homónimo. Recibió un Óscar y un Globo de Oro a la mejor película extranjera 4y ha sido traducido a más de veinte idiomas.

Su novela De ontdekking van de hemel (1992) fue filmada en 2001 como El descubrimiento del cielo por Jeroen Krabbé y protagonizada por Stephen Fry.

Entre los muchos premios que recibió por obras individuales y por el conjunto total de su obra, el más importante es el Prijs der Nederlandse Letteren (premio para la literatura holandesa, un reconocimiento oficial por la trayectoria) en 1995.3.

ad pédem literae

La derrota tiene algo positivo: nunca es definitiva. En cambio, la victoria tiene algo negativo: jamás es definitiva

José Saramago

Letras de buen humor

Los escritores viven de la infelicidad del mundo. En un mundo feliz, no sería escritor.

José Saramago

Enrique Márquez

Viaje al final de la noche

Viajamos noche y día porque el corazón, los sentimientos, las necesidades más primitivas nos arrastran sin remedio.

Ni hablar. Viajamos, no siempre con boleto, salvoconductor o evidente razón. Viajamos en el más triste desamor para curarnos el alma imposible. Viajamos y en esa medida soñamos, abrimos puertas y ventanas, ánimos, en preparación de tiempos mejores y felices. Nada nos detiene porque la vida, sólo es, ya lo afirmó Nietzsche, el breve o largo viaje hacia la muerte.

Y la muerte, que antes era un sagrado privilegio, es hoy una condena que nos pesa aún antes de nacer. Viajamos, no como el soldado que herido en la primera guerra mundial en la gran novela de Céline, Viaje al final de la noche, muere de un amor no correspondido. Rondamos, damos vueltas en obsesivos círculos. Viajamos de la cocina al patio y de este a la recámara o al sillón salvador, porque nuestros deseos son como flechas letales, incansables.

Viajamos porque como pájaros llenos de una pasión desconocida. Viajaba mi generación, la del peyote moridor de Real de Catorce, los honguitos de Oaxaca y la Acapulco Golden.

Viajábamos, y viajar para muchos era esa psicodelia existencial que exigía más

que un cambio de piel. Viajar, cambiar, moverse de sitio y de historia, de nube, cambiarlo todo, llenarse de ideas, de la más pura poesía para imaginar un mundo distinto.

Viajaban por los nueve cielos al Mictlán, lugar de los muertos, sólo los que habían fallecido de modo natural, fueran señores o macehuales, sin distinción de rango ni riquezas.

Viajaron, el año pasado, sin explicación oficial, a las fosas clandestinas o a quién sabe adónde, cerca de ochenta mil jóvenes mexicanos. Esto quiere decir que el viaje nuestro al final de la noche no existe porque todo, todo, en ese sentido, se volvió oscuro, bastante nocturno. Nocturno viaje el nuestro que se ancla en la pesadilla, en la angustia de tantas madres, hijas, esposas, que buscan sin éxito a sus desaparecidas y desaparecidos.

Viajamos de la resignación a la esperanza casi perdida, y ya va siendo hora de viajar con la poesía, pues merecemos la vida y el alba. Viajamos, viajó con Ernesto Cardenal: "Amo el amor, odio el odio", con Carmina Burana que K. Orff rescató en 254 liberadores poemas medievales. Volamos, vuelo de un jardín a otro, de una dalia a la otra, en las alas de esa mariposita azul que se llevó mis recuerdos. Viajo por el miedo horizonte,



por el volcán que viene sin anunciarse, de un día al otro, de un poema al que sigue, de un incendio al siguiente, de la ceguera a la luz en casi todo lo que toca al amor, que aún no me pertenece del todo aunque me visita a todas horas.

Viajo como un pez verdadero que salta sorpresivo, sin cálculo cierto y promisorio. De una noche a su final imprevisto, bajo un sol radiante que

espera a su lunita. Viajo en medio de las hojas secas, pisando los rojos, morados y amarillos de mi caminar con ella. Nunca hubiera deseado moverme tanto y tanto. Jamás anhelé la nostalgia que hoy me hace trizas. Vivo sin vivir. En mi está blanco, verde y enorme, el bosque de abedules, el río que se asoma apenas. Volveré, les digo, porque no me he ido ni me iré.